

con la embriaguez de la victoria, que sus meros cazadores no temían ya habérselas con los coraceros enemigos.

Así, pues, el príncipe emprendió su marcha en 22 de octubre por la vía indicada, dirigiéndose hacia Plauen el cuerpo de flanqueadores de Schimmelpfennig, la infantería hacia Genthim, y la caballería hacia Jerichow; pero su marcha era lenta por causa de los arenales y del cansancio de hombres y caballos, poco acostumbrados á tales fatigas. Siete ú ocho leguas al día era todo lo más que podían andar aquellas tropas, al paso que la infantería francesa recorría hasta quince en caso necesario; además, en los cuerpos se había introducido una grande indisciplina, porque el respeto á los jefes había menguado con la desgracia, que exacerba los corazones; la caballería especialmente marchaba en confuso tropel sin obedecer orden alguna. El príncipe de Hohenlohe se vió precisado á mandar hacer alto al ejército y á dirigirle una severa alocución para hacerle recobrar el sentimiento de sus deberes; tuvo que mandar fusilar á un jinete que había herido á un oficial. Por otra parte, fuerza es reconocer que tal suele ser siempre el efecto producido por los grandes reveses y aun también por las grandes victorias, porque la fortuna origina también su desorden como la derrota. Los franceses, ansiosos de botín, se desbandaban como los prusianos en todas direcciones, desobedeciendo las órdenes de sus jefes, á tal punto que el mariscal Ney tuvo que escribir al emperador que no podía estar segura la vida de sus oficiales si no le autorizaba para hacer algunos escarmientos. ¡Singular consecuencia del trastorno de los Estados! Los movimientos precipitados que este trastorno produce desorganizan á vencidos y vencedores; apenas habíamos llegado á la perfección de la guerra en grande, y ya casi tocábamos al límite desde donde degenera en inmensa confusión!

El 23 se hallaban los prusianos con la infantería en Rathenau y la caballería en Hávelberg; pero la priesa que se habían dado á cortar los puentes detuvo la marcha del cuerpo de Schimmelpfennig, que era el de la derecha, y se vieron precisados á aproximarse al Elba con una conversión por la izquierda para evitar las numerosas corrientes que se extienden y se cruzan entre el Hável y aquel río. Torcieron hasta Rhinow, y el 24 se hallaban la caballería en Kiritz, la infantería en Neustadt y el cuerpo de Schimmelpfennig en Fehrbelin. El cuerpo de Náztmer, pasando en este mismo punto bajo las órdenes del general Blücher, substituyó al cuerpo principal, cuya retaguardia formaba hacia Rhinow.

Al llegar á este punto, el príncipe de Hohenlohe juzgó necesario deliberar sobre la marcha que había de seguirse ulteriormente. Su ejército había subido hacia el Norte hasta mucho más allá de Berlín, Spandau y Potsdam. A cada paso era mayor la desorganización del ejército. El coronel de estado mayor Massembach opinó que se concediese un día de descanso á las tropas para reorganizarlas y ponerlas por lo menos en disposición de batirse en caso de tener algún encuentro con los franceses; pero el príncipe de Hohenlohe respondió con razón que ni uno ni dos ni tres días eran suficientes para reorganizar el ejército, y que con semejante detención sólo se conseguiría dar tiempo á los franceses para cortarles el camino de Stettin y del Óder. Según costumbre, se adoptó un partido medio; se decidió que en

Gransée se celebrase una reunión general, donde, después de pasar revista á todas las tropas, se les dirigiesen algunas alocuciones recordándoles sus deberes, y que desde allí continuase la marcha sin descanso. Para la reunión en Gransée se señaló el día 26.

Pero como los franceses estaban advertidos, la caballería de Murat marchaba hacia Fehrbelin por un lado y hacia Zehdenick por el otro; Lannes, después de entrar en Spandau el 25, emprendía su marcha con su infantería en la tarde del 26 para apoyar á Murat; el mariscal Soult seguía la pista al duque de Weimar, mientras el mariscal Ney sitiaba á Magdeburgo; y por último, el mariscal Bernadotte avanzaba con los mariscales Soult y Lannes, de modo que los prusianos iban perseguidos por tres cuerpos de ejército franceses y además por la caballería de Murat, aunque ésta sin los coraceros detenidos en Berlín. El día 26 la infantería del príncipe de Hohenlohe estaba en el punto de reunión señalado; formaba en torno de su general, oyendo sus exhortaciones y abriendo el ánimo á la esperanza de llegar pronto á Stettin y de descansar al amparo del Óder; pero en aquel mismo instante los dragones de Murat sorprendían en Zehdenick al cuerpo de Schimmelpfennig, destrozaban su caballería, le mataban trescientos jinetes, hacían siete ú ocho mil prisioneros, y obligaban á la infantería de aquel cuerpo de flanqueadores á internarse en los bosques.

Llegó esta noticia á Gransée por medio de los paisanos y soldados que huían de la derrota; y el príncipe de Hohenlohe levantando al punto el campo volvió otra vez á torcer por la izquierda hacia Furstemberg, en vez de encaminarse á Templin, que era la vía directa de Stettin. Esperaba reunirse con la caballería y alejarse al mismo tiempo de los franceses; pero mientras hacía aquel rodeo, Murat se dirigía sobre Templin por el camino más corto, y Lannes sin detenerse día ni noche se mantenía siempre á vista de los escuadrones de Murat. Pasó la noche el príncipe de Hohenlohe en Furstemberg, donde hizo pernoctar á su infantería, mientras Lannes aprovechaba aquellas horas para continuar marchando. Siguiéron así franceses y prusianos subiendo al Norte hacia Templin y Prenzlau, punto común del camino de Stettin, con pocas leguas de distancia entre unos y otros, y separados solamente por una barrera de lagos y bosques. Doce leguas les faltaban para llegar á Prenzlau, y el 27 de mañana el príncipe de Hohenlohe partió hacia Boitzemburgo, dejando dicho á la caballería que fuese á reunirse con él, y á la retaguardia, mandada por el general Blücher, que acelerase el paso.

Caminó el día entero sin tener más alimento para sus tropas que el que le ofrecía el patriotismo de los habitantes, los cuales le sacaban al camino grandes montones de pan y calderas llenas de patatas. Llegaron al caer la noche cerca de Boitzemburgo, y el señor de aquel punto Mr. d'Arnim salió á anunciarle que había hecho disponer alrededor de su palacio vivaques abundantemente provistos de víveres y bebidas. Para hombres destrozados por el hambre y la fatiga no podía darse noticia más halagüeña; pero al acercarse á Boitzemburgo se oyeron tiros, que destruyeron de repente su esperanza de descansar y tomar algún bocado. La caballería ligera de Murat, que había llegado antes que ellos á Boitzemburgo, se había apoderado de los víveres desti-

nados á los prusianos. Poco numerosa, sin embargo, para hacer frente á éstos, se retiró de la población: los infelices soldados del príncipe de Hohenlohe devoraron con ansia los restos que había dejado el enemigo; pero como la proximidad de la caballería francesa los obligaba á darse priesa, aquella misma noche continuaron su marcha haciendo otro rodeo á la izquierda para evitar cualquier encuentro y llegar con tiempo á Prenzlau. Caminaron toda la noche lisonjeándose de anticiparse á los franceses, y ya al rayar el día empezaban á divisar la población, cuando por entre los bosques y lagos que hacían parapeto al camino vieron una hueste de caballería que iba apresurando el paso. No podían con la niebla distinguir el color de su uniforme y averiguar si eran franceses ó prusianos. Preguntábanse unos á otros con ansiedad: á unos se les figuraba haber reconocido el penacho blanco de un regimiento prusiano, otros por el contrario creían distinguir los cascos de los dragones de Murat. Finalmente, en medio de aquellas conjeturas, vacilando entre el temor y la esperanza, llegan á vista de Prenzlau, donde les aseguran no haber asomado por allí francés alguno. Penetran por un arrabal de un cuarto de legua de extensión, y había ya entrado en él la mitad del ejército prusiano, cuando de repente se oye gritar: ¡A las armas! Llegaban los dragones franceses en el momento mismo de entrar en Prenzlau parte del ejército prusiano, y acometiéndole por retaguardia le llevan arrollado hasta dentro de la población, le dan cargas en todas direcciones y se lanzan en su persegimiento por las calles de la ciudad. Los dragones de Pritwitz, impelidos por los dragones franceses, se arrojan sobre la infantería prusiana y la destrozán; prodúcese una refriega espantosa, cuyo tumulto y peligro aumenta el miedo; el ejército prusiano, roto y arrollado, huye á bandadas hasta fuera de Prenzlau y se sitúa lo mejor que puede en el camino de Stettin; en breve se vió envuelto, y Murat intima la rendición al príncipe de Hohenlohe, que traspasado de dolor, pero rechazando con horror la idea de una capitulación, se niega á lo que se le propone. «Pues bien, responde Murat al oficial que le lleva la repulsa, todos serán ustedes pasados á cuchillo si no se rinden.» Un rayo postrero de esperanza anima aún el corazón del príncipe de Hohenlohe; cree que Murat no lleva consigo más que caballería, pero llega en aquel mismo instante la infantería de Lannes que desde Spandau había caminado noche y día sin detenerse más que para sus ranchos. El coronel de estado mayor Massembach le afirma haberla visto; ya no había posibilidad de salvarse. Pide Murat una conferencia con el príncipe de Hohenlohe; verificase ésta, y el príncipe, soldado tan generoso como intrépido, consueta al general prusiano y le promete una capitulación tan honrosa cuanto puede concedérsela dentro del límite de las instrucciones dadas por Napoleón. Exige Murat que todos los soldados queden prisioneros; pero consiente que se retiren libres los oficiales, llevándose todo lo que posean, con la condición de no volver á servir durante la campaña. Consiente también que los soldados sean exentos de la formalidad humillante de arrojar sus armas, desfilando á presencia de los franceses, única diferencia que en su desgracia debía distinguirlos de los tropas del austriaco Mack. Viendo el príncipe de Hohenlohe que no podía sacar mejor partido, y reconociendo que no le

era permitido á Murat conceder más, vuelve á sus oficiales, los manda formar en círculo á su alrededor, y con los ojos llenos de lágrimas les expone el estado de la negociación. Era el príncipe uno de los que más había declamado contra toda especie de capitulaciones; pero ahora reconocía que no le quedaba otro recurso, ni siquiera el de un combate honroso, porque faltaban las municiones, y sus tropas habían llegado al último grado de desaliento. No proponiendo nadie arbitrio ninguno, rompieron los oficiales el círculo, partiendo en pedazos sus armas y profiriendo maldiciones.



Firma, pues, la capitulación el príncipe, y en el curso de aquella jornada, en 28 de octubre, al año de la catástrofe del general Mack, catorce mil hombres de infantería y dos mil de caballería se constituyen prisioneros de guerra. Los vencedores estaban fuera de sí de júbilo, y en efecto, ¡qué satisfacción hubo jamás mejor fundada! Bien merecían un premio como aquél tanto arrojo en maniobrar, tanta paciencia en soportar privaciones, iguales por lo menos á las que habían sufrido los vencidos, tanto ardor para emprender marchas aún más rápidas que las suyas. No faltaron por desgracia desórdenes en Prenzlau, causados por la premura de los soldados en recoger un botín que consideraban como fruto legítimo de la victoria; pero los oficiales franceses desplegaron la mayor energía para proteger á los oficiales prusianos; los mismos escritores alemanes les han hecho esta justicia. No tuvieron los departamentos del Norte de Francia que tributar á los prusianos el mismo homenaje de justicia en 1815.

Pero los franceses tenían aún otros trofeos que recoger. Varios escuadrones y batallones prusianos que no habían entrado en Prenzlau se habían encaminado más hacia el Norte sobre Passewalek y los alcanzó la caballería ligera del general Milhaud, el cual hizo entregar las armas á seis regimientos de caballería, varios batallones de infantería y un tren de artillería montada. Entretanto el general Lasalle con tropa de húsares y caza-



dores se encaminaba velozmente á Stettin, seguido por la infantería de Lannes. Aquel oficial de caballería ligera osó, cosa prodigiosa, intimar la rendición á Stettin, plaza fuerte defendida por una guarnición numerosa y una inmensa artillería. El general Lasalle tuvo una entrevista con su gobernador, y tan convencido le dejó del completo aniquilamiento del ejército prusiano, que entregó la plaza con todo cuanto en ella había, dejando prisionera una guarnición de seis mil hombres. Al día siguiente entró en ella Lannes. Nada puede dar más completa idea del abatimiento de los prusianos y del terror que inspiraban los franceses que este hecho tan extraño y tan nuevo en los anales de la guerra.

No quedaban ya en todo el ejército prusiano más tropas que prender que los veinte mil hombres del general Blücher y del duque de Weimar; cogido este último resto, podía decirse que ciento sesenta mil hombres habían sido destruídos ó hechos prisioneros en quince días sin haber repasado uno solo el Oder. El general Blücher y el cuerpo del duque de Weimar iban perseguidos por los mariscales Soult y Bernadotte; pronto iba á alcanzarlos el mismo Murat y quedaban sin comunicación con el Oder, puesto que Lannes ocupaba á Stettin. Pocas esperanzas les quedaban, pues, de salvación.

Napoleón tuvo la más completa satisfacción al saber estas noticias. «Ya que sus cazadores de usted, escribía á Murat, toman plazas fuertes, sólo me resta licenciar á mis ingenieros y hacer fundir mis piezas de batir.» Pero en el Boletín sólo nombró á la caballería y omitió hacer mención de la infantería de Lannes, sin embargo de haber contribuído á la capitulación de Prenzlau tanto como la misma caballería. Esta omisión provenía de que Murat, con la premura de dar cuenta de las hazañas de su caballería, se había olvidado enteramente de hablar del cuerpo de Lannes. Al recibir éste el Boletín no se atrevió á leérselo á sus soldados por temor de afigirlos. «Mi lealtad á vuestra persona, escribió á Napoleón, me pondrá siempre á cubierto de todas las injusticias, pero ¿qué diré á estos valientes soldados, á quienes he hecho marchar día y noche sin descansar ni tomar un bocado?; ¿qué otra recompensa les quedaba más que ver su nombre repetido por las cien voces de la fama, de que vos sólo disponéis?» Esta noble emulación, este vehemente anhelo por la gloria, que por otra parte sólo se revelaba en estos renglones por medio de una tristeza llena de dignidad, no era una de las muestras menos notables de aquel entusiasmo heroico que enardecía entonces todos los ánimos.

Napoleón, afectuoso siempre con Lannes, le contestó: «Usted y sus soldados son unos niños. ¿Es posible que usted crea que yo ignoro todo cuanto han hecho para auxiliar á la caballería? Para todos hay gloria; otro día tocará á los nombres de ustedes llenar todo el Boletín del grande ejército.»

Lannes, lleno de entusiasmo, reunió su infantería en una de las plazas públicas de Stettin é hizo leer en las filas la carta de Napoleón. Entusiasmados también los soldados, respondieron á la lectura con el grito repetido de ¡viva el emperador! y aun hubo voces que profirieron la extraña exclamación de ¡VIVA EL EMPERADOR DE OCCIDENTE! De este modo nació de la exaltación misma del ejército ese título singular que tan perfecta-

mente correspondía con la ambición secreta de Napoleón, probando que ya á los ojos de todos llenaba éste el Occidente con su gloria y poderío.

Lannes, en la efusión de su júbilo, y no por sentimiento alguno de adulación, sino porque satisfecho y contento él quería que lo estuviese también su soberano, le escribió estos renglones: «Señor: Vuestros soldados exclaman ¡viva el emperador de Occidente! ¿Podremos en lo sucesivo dirigir nuestras comunicaciones bajo este nombre (1)?»

(1) Citamos algunas de las cartas del mariscal Lannes que revelan el espíritu de las tropas francesas en aquella época, que pueden servir para comprender mejor el verdadero carácter de aquellos prodigiosos acontecimientos.

*El mariscal Lannes á S. M. el emperador.*

*Stettin, 2 de noviembre de 1806.*

Señor:

He recibido la carta con que V. M. me ha honrado, y me es imposible expresarle el placer que me ha hecho experimentar. Nada deseo más en el mundo que ver á V. M. persuadido de que hago cuanto puedo por su gloria.

He participado á mis tropas lo que V. M. se ha dignado decirles por mi conducto. Imposible me sería pintar á V. M. su júbilo. Sólo una palabra vuestra basta para hacer felices á los soldados.

Tres húsares que se habían extraviado hacia Gartz se han visto envueltos por un escuadrón enemigo. Inmediatamente se les ocurrió marchar sobre él apuntándole con sus carabinas, y diciéndoles que un regimiento entero se acercaba, y que era preciso echar pie á tierra. El comandante del escuadrón lo mandó así al punto, y entregó las armas á los tres húsares, los cuales han traído aquí al escuadrón prisionero de guerra.

Me hubiera holgado de saber las intenciones de V. M. para ver si me era posible llevar la división de Suchet á Stargard y la caballería hacia adelante, con lo cual hubiéramos economizado los víveres de la plaza de Stettin, que sin embargo no he tocado aún. Los soldados están acantonados en las cercanías y viven con los naturales.

Hoy he dado la vuelta á la plaza con el general Chasseloup, que la encuentra en mal estado; yo también creo que habría que gastar grandes sumas para ponerla en estado de defensa. Hemos estado en Damm, que es una posición natural excelente; sólo es accesible por una calzada de legua y media, en la cual hay por lo menos cuatro puentes. Creo que si V. M. continúa adelantando se decidirá á hacer esta posición inexpugnable.

Acaban de asegurarme que el rey ha tratado muy á speramente á los artesanos que le rodean, y que le habían aconsejado la guerra; que nunca se le ha visto tan colérico; que les ha dicho que todos eran unos bribones que le habían hecho perder la corona, y que no le quedaba más esperanza que acudir al gran Napoleón, con cuya generosidad contaba.

Soy con el más profundo respeto, etc., etc. — LANNES.

*Pasevalch, 1.º de noviembre de 1806.*

Señor: Ayer tuve el honor de anunciar á V. M. que había tomado treinta cañones con sesenta arcones, y otros tantos carros cargados de municiones, todos ellos tirados por ocho ó diez caballos, y mil quinientos hombres de artillería ligera. Nunca en verdad he visto tropa más arrogante; es un tren magnífico: esta mañana le hago salir de aquí con dirección á Spandau. Casi todos estos artilleros están montados y marchan con el mayor orden. V. M. si quisiera podría llevarlos á Italia, pues estoy seguro de que dándoles unos cuantos oficiales que hablasen el alemán servirían perfectamente. Desearía que V. M. viera este envío porque se decidiría mandarlo al reino de Italia.

El gran duque de Berg me escribe que en todo el día de mañana piensa con el príncipe de Ponte-Corvo alcanzar al enemigo, es decir, al cuerpo del gran duque de Weimar y de Blücher. Ya ha hecho algunos prisioneros en la cola de la columna. Con este aviso he mandado venir toda la caballería ligera que envié sobre Boizemburgo, y voy á reunir en Stettin todo mi cuerpo de ejército.

Napoleón no le contestó, y este título, que había brotado por decirlo así del mismo entusiasmo de los soldados, permaneció reservado para más adelante. De todas las grandezas que Napoleón soñó, ésta fué la única que ni por un instante siquiera llegó á ver realizada, si bien, aunque no alcanzó el nombre de emperador de Occidente, su vasta dominación por lo menos fué suya algún día. Pero el orgullo humano se lisonjea tanto con el nombre del poder como con el poder mismo.

Inutilizado ya el príncipe de Hohenlohe, sólo faltaba apoderarse del general Blücher con la retaguardia y de las tropas del duque de Weimar. Este último cuerpo pasó á las órdenes del general de Vinning, después que el duque de Weimar dejó el ejército, aceptando la pensión concedida por Napoleón á toda la casa de Sajonia. Eran veintidós mil hombres que faltaba aún hacer prisioneros, después de lo cual no debía quedar un solo destacamento de tropas prusianas en toda la extensión del Rhin al Oder. Mandó Napoleón que se les persiguiese sin descanso, sin dejar escapar un solo hombre.

Establecióse Lannes en Stettin con el objeto de ocupar esta importante plaza y proporcionar á su infantería el descanso de que tanto había menester. Murat y los mariscales Bernadotte y Soult bastaban para acabar la destrucción de veintidós mil prusianos extenuados de fatiga. Bastaba avanzar para hacerlos prisioneros, siempre y cuando no lograsen llegar á la mar y encontrar naves suficientes que los trasladasen á la Prusia oriental, pues para precaverlo se dirigió Murat aceleradamente hacia el camino del litoral. Avanzó hasta Stralsundt, mientras el mariscal Bernadotte partiendo de las cercanías de Berlín y el mariscal Soult de las orillas del Elba, subían al Norte para repeler al enemigo hacia la celada que le tenía dispuesta la caballería francesa.

El general Blücher había tomado en Waren, cerca del lago de Muritz, el mando de los dos cuerpos prusianos. Refugiarse hacia la Prusia oriental por el Oder

En esta plaza se han encontrado más de doscientos cañones armados en sus cureñas y otros muchos de repuesto, una inmensa cantidad de pólvora, de municiones y de víveres.

Voy á llevar toda mi caballería ligera por la orilla derecha del Oder. Haré reunir todo el grano y toda la harina que pueda para aumentar nuestros almacenes; también mandaré hacer hornos y cocer cuanta galleta me sea posible.

La guarnición de Stettin se componía de seis mil hombres; los dirijo á Spandau haciéndolos escoltar por un regimiento de la división de Gazán. A este general sólo le queda ya un regimiento; también la división de Suchet ha contribuído con muchos hombres á la escolta de los prisioneros, de modo que mis tropas están reducidas á muy poca cosa.

Si encuentro en Stettin medio para dar vestuario á los soldados, no dejaré de hacerlo, porque están desnudos. Ahora se está haciendo el inventario de lo que había en la plaza, y ya tendré el honor de transmitirlo á V. M.

Entretanto ruego á V. M. I. me haga saber sus intenciones lo más pronto posible. Mi cuartel general será esta noche Stettin.

Ayer hice leer la proclama de V. M. al frente de las tropas. Sus últimas palabras conmovieron profundamente el corazón de los soldados, y todos exclamaron: ¡Viva el emperador de Occidente! Imposible me sería expresar á V. M. el amor que le tienen estos valientes, pues en verdad jamás ninguno amó más á su querida que ellos aman á vuestra persona. Ruego á V. M. me haga saber si quiere que en lo sucesivo dirija mis partes al emperador de Occidente, y lo pregunto en nombre de mis tropas

Soy con el más profundo respeto, etc., etc. — LANNES.

(N. del A.)

era imposible, puesto que el ejército francés ocupaba el río en todos los puntos de su corriente. El acceso del litoral y de Stralsundt estaba ya interceptado por la caballería de Murat; no quedaba más recurso que deshacer el camino y volver al Elba. El general Blücher formó este proyecto esperando refugiarse en Magdeburgo, aumentar su fuerza hasta convertir su guarnición en un verdadero cuerpo de ejército y, defendido en aquella gran fortaleza, hacer una brillante resistencia. Encaminóse, pues, hacia el Elba, resuelto á pasarlo por las cercanías de Lauemburgo.

Sus ilusiones se desvanecieron pronto, porque las patrullas enemigas le hicieron ver que se hallaba envuelto por todas partes, que Murat por su derecha costea ya la mar y que los mariscales Bernadotte y Soult interceptaban el camino de Magdeburgo. No sabiendo en qué proyecto fijarse, siguió marchando unos cuantos días en línea recta, es decir hacia el Elba inferior, como hubiera podido hacerlo un cuerpo francés que volviese á Francia por Mecklemburgo y el Hannóver. Iba á cada instante perdiendo fuerzas, porque sus soldados ó bien huían á los bosques, ó preferían entregarse prisioneros á soportar por más tiempo fatigas ya superiores á su resistencia. Perdía además mucha gente en combates de retaguardia, que, merced á lo quebrado del terreno, no siempre acababan en derrotas completas, sino que más bien concluían en abandonar el terreno disputado y sacrificar muchos hombres capturados ó fuera de combate.

Así continuó marchando desde el 30 de octubre hasta el 5 de noviembre, y por fin, no sabiendo ya adónde encaminar sus pasos, excogitó un partido violento, que la necesidad, sin embargo, podía justificar. Tenía al paso la ciudad de Lubeck, una de las últimas que reconocía como libres la constitución germánica, y que, neutral por su derecho, debía permanecer extraña á toda hostilidad; el general Blücher, sin embargo, resolvió abrigarse en ella á viva fuerza, apoderarse de los grandes recursos que en ella había, así en víveres como en dinero, y si no podía hacerse allí fuerte, apresar todos los buques mercantes que hallase en sus aguas para embarcar sus tropas y trasladarlas á la Prusia oriental.

Tomada esta resolución, el día 6 de noviembre entró con violencia en Lubeck á pesar de la protesta de sus magistrados. Los baluartes de la ciudad, imprudentemente convertidos en paseo público, habían perdido su principal defensa; por otra parte era en la ciudad tan escasa la guarnición, que el general Blücher la entró sin resistencia. Alojó á sus soldados en las casas particulares, donde tomaron todo cuanto hubieron menester, y además impuso á los magistrados una cuantiosa contribución. Es sabido que Lubeck se halla situada en la frontera misma de Dinamarca; guardábala por lo tanto un cuerpo de tropas dinamarquesas. El general Blücher avisó al general danés que si llegaba á dejarla entrar por los franceses, él la entraría á su vez para refugiarse en el Holstein; pero habiendo declarado aquél que se dejaría matar con todo su cuerpo antes que sufrir semejante violación de territorio, el general Blücher se encerró en Lubeck con la confianza de no ser molestado por los franceses si se respetaba la neutralidad de la Dinamarca. Pero mientras se lisonjeaba de ha-



llarse en Lubeck seguro, protegido por los restos de la fortificación, y recibiendo de la abundancia de una gran ciudad comercial el desquite de las privaciones de una retirada trabajosa, se presentaron los franceses. Además de no existir para ellos la neutralidad de Lubeck, estaban en su derecho persiguiendo hasta allí á los prusianos; llegaron el 7, y aquel mismo día asaltaron las fortificaciones que defendían las dos puertas llamadas Burg-Thor y Mühlen-Tor. El cuerpo del mariscal Bernadotte forzó la una y el del mariscal Soult la otra, escalando bajo una lluvia de metralla con ardimiento inaudito unas fortificaciones que, aunque desmanteladas en parte, oponían aún obstáculos muy difíciles de superar. Empeñóse en las calles un encarnizado combate; los desgraciados habitantes de Lubeck vieron su opulenta ciudad convertida en un campo de horrores; los prusianos, derrotados ó envueltos, se vieron precisados á huir, dejando allí más de mil cadáveres, cerca de seis mil prisioneros y toda su artillería. El general Blücher salió de Lubeck y fué á apostarse entre el territorio medio anegado de sus cercanías y la frontera dinamarquesa; allí se detuvo, no teniendo ya víveres ni municiones. Forzoso le era rendirse é imitar el ejemplo del general Mack, á quien tanto estaba criticando hacía un año, y del príncipe de Hohenlohe, cuya conducta no cesó de censurar en los últimos ocho días. Capituló en efecto el día 7 de noviembre con todas sus tropas y con las mismas condiciones que el príncipe de Hohenlohe. Quiso, sin embargo, añadir algunas palabras á la capitulación, y Murat accedió á ello por consideración á su desgracia. Las palabras añadidas decían que se rendía por falta absoluta de municiones. Esta capitulación proporcionó á los franceses catorce mil prisioneros, que agregados á los que anteriormente se habían hecho antes en Lubeck, hacían ascender su número total á veinte mil hombres.

Desde aquel día no volvió á encontrarse ningún cuerpo prusiano en toda la extensión del Rhin al Óder; los setenta mil hombres que habían intentado ocupar este último río, estaban todos dispersos, muertos ó prisioneros. Mientras esto ocurría en Mecklemburgo, la importante plaza de Custrín, situada sobre el Óder, se rendía á la intimación de unas cuantas compañías de infantería, mandadas por el general Petit. El premio de esta nueva capitulación fueron cuatro mil prisioneros, provisiones considerables y la segunda posición en el Óder inferior. De este modo ocupaban los franceses en este río las plazas de Stettin y de Custrín; en la primera se hallaba establecido el mariscal Lannes y en la segunda el mariscal Davout.

Quedaba sólo en poder del enemigo la gran plaza de Magdeburgo sobre el Elba, que contenía veintidós mil hombres de guarnición y un material considerable. Empezó su asedio el mariscal Ney, y habiéndose proporcionado algunos morteros á falta de piezas de batir, amenazó repetidas veces bombardear la plaza, aunque se abstuvo muy bien de hacerlo. Intimidó á la población con dos ó tres bombas disparadas al aire, y corrieron los habitantes al palacio del gobernador pidiendo á voces que no se los expusiera á inútiles destrozos, cuando ya la monarquía prusiana estaba reducida á la imposibilidad de defenderse. Era el desaliento tal en los generales prusianos, que estas razones bastaron para

que al día siguiente de la capitulación de Lubeck el general Kleist entregase á Magdeburgo con veintidós mil prisioneros.

De modo que desde que se había abierto la campaña, hicieron los prusianos cuatro veces, en Erfurt, en Prenzlau, en Lubeck y en Magdeburgo, lo mismo que habían censurado tanto á los austriacos por una sola vez que lo hicieron en Ulm.

Esta observación no se dirige á ofender su desgracia, por otra parte muy compensada más adelante, sino á probar que en aquel último año hubieran debido respetar el ajeno infortunio y no declarar á los austriacos tan cobardes sólo por el mezquino cálculo de rebajar el denuedo y la habilidad de los franceses.

No quedaba, pues, una sola reliquia de los ciento sesenta mil hombres que habían compuesto el ejército activo de los prusianos. Despreciando las exageraciones que con la sorpresa de triunfos semejantes cundieron por Europa, es indudable que cerca de veinticinco mil hombres fueron muertos ó heridos y cien mil hechos prisioneros. De los otros treinta y cinco mil, ni uno solo llegó á repasar el Óder: los sajones de nación volvieron á su tierra; los prusianos arrojaron sus armas y se dispersaron por los campos; de modo que podía decirse con fundamento que el ejército prusiano ya no existía. Quedaba Napoleón dueño absoluto de la monarquía de Federico el Grande, exceptuando sólo unas cuantas plazas de la Silesia incapaces de oponer resistencia, y la Prusia oriental, protegida por la distancia y por la vecindad de la Rusia. Napoleón se había apoderado de todos los cañones, fusiles y municiones de guerra, de todo el material, en suma, de la Prusia; se había proporcionado víveres para sostener su ejército toda una campaña; veinte mil caballos para la remonta de su caballería y el número de banderas suficiente para sombrear los edificios de su capital. Todo lo hizo en el espacio de un mes, porque habiendo entrado en Prusia el 8 de octubre, el 8 de noviembre recibió la capitulación de Magdeburgo, que fué la postrera. Este rápido aniquilamiento del poder prusiano es lo que hace tan maravillosa la campaña que acabamos de contar. Que ciento sesenta mil franceses, que con quince años de guerras habían llegado á la perfección militar, hubiesen vencido á ciento sesenta mil prusianos enervados por una larga paz, nada tenía de sorprendente; pero lo que realmente constituye un acontecimiento portentoso, es esa marcha oblicua del ejército francés, combinada de tal manera que el ejército prusiano, constantemente dejado atrás durante una retirada de doscientas leguas, desde Hof á Stettin, sólo llegase al Óder el mismo día en que los franceses le habían ocupado, fuese destruído, ó dejase prisionero hasta el último soldado; y que en un mes solo el rey de una gran monarquía, el segundo sucesor de Federico el Grande, quedase sin una sola bayoneta y sin un solo Estado. Decimos que es un acontecimiento portentoso, y en efecto, no puede atribuírsele otro carácter, sobre todo si se reflexiona que no se trataba aquí de macedonios luchando con persas cobardes é ignorantes, sino de dos ejércitos europeos, ambos instruídos y valientes, luchando uno con otro.

Por lo que hace á los prusianos, todo el secreto de esta inaudita derrota, después de la cual los ejércitos y

las plazas se rendían á intimación de unos cuantos húsares ó de unas cuantas compañías de infantería ligera, estaba en el desaliento en que por lo común acaba toda vana presunción. Como los prusianos habían negado, no precisamente las victorias de los franceses que no podían poner en duda, sino su superioridad militar, les sorprendió ésta de tal modo en el primer encuentro, que ya no creyeron posible la resistencia y huyeron arrojando las armas. Quedaron aterrados, y también la Europa participó de su consternación; toda ella se estremeció después de Jena más aún que con la derrota de Austerlitz; porque después de ésta, aún quedaba

por lo menos á los enemigos de la Francia la confianza en el ejército prusiano. Después de la batalla de Jena parecía el ejército francés dueño de todo el continente. Los soldados de Federico el Grande habían sido el último recurso de la envidia: vencidos éstos, sólo le quedaba el otro recurso, único que por desgracia nunca falta, de predecir los errores de un genio ya irresistible, y de pretender que á triunfos semejantes no había cerebro humano que pudiese sobrevivir ileso; y es para mengua de la humanidad muy cierto que el mismo genio, después de desesperar á la envidia con sus laureles, baja á consolarla con sus errores.